

www.elboomeran.com

Guy de Maupassant
EL PLACER

TRADUCCIÓN DE MANUEL ARRANZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

www.elboomeran.com

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2019
TÍTULOS ORIGINALES: *Le Masque, La Maison Tellier, Le Modèle*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© de la traducción, Manuel Arranz, 2019
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-89-2
DEPÓSITO LEGAL: CC-233-2019
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

LA MÁSCARA

Aquella noche había baile de disfraces en Élysée-Montmartre. Se celebraba la tercera semana de Cuaresma, y la muchedumbre, como el agua por la compuerta de una esclusa, entraba en el corredor iluminado que llevaba al salón de baile. El atronador reclamo de la orquesta, estallando como una tormenta de música, parecía perforar los muros y el tejado, se extendía por el barrio e iba a despertar, por las calles y el interior de las casas vecinas, ese irresistible deseo de brincar, animarse, divertirse que dormita en el fondo del animal humano.

Los asiduos del lugar llegaban también de todos los rincones de París, gentes de cualquier clase, a las que les gustan los placeres ruidosos, un poco crápulas, rozando el desenfreno. Empleados, proxenetas, muchachas, muchachas de cualquier paño, desde el vulgar algodón a la batista más fina, muchachas ricas, viejas y enjoyadas, y muchachas pobres, de dieciséis años, con muchas ganas de jarana, de entregarse a los hombres, de gastar dinero. Elegantes hombres de frac a la caza de carne fresca, tiernas jovencitas, pero sabrosas, merodeaban

entre la muchedumbre acalorada, husmeaban, parecían olfatear, mientras las máscaras se veían atraídas sobre todo por el deseo de diversión. Las cuadrillas famosas reunían ya en torno a sus piruetas a un nutrido círculo de público. La fila ondulante, la masa inquieta de mujeres y de hombres que rodeaba a los cuatro bailarines se unía a ellos como una serpiente, juntándose unas veces, separándose otras, imitando los malabarismos de los artistas. Las dos mujeres, cuyos muslos parecían unidos al cuerpo por unos resortes de goma, ejecutaban con sus piernas unos movimientos sorprendentes. Las lanzaban al aire con tanta fuerza que las extremidades daban la impresión de estar a punto de salir disparadas hacia las nubes; luego, de repente, las separaban y deslizando una hacia delante, la otra hacia atrás, tocaban el suelo en un gran *écart* rápido, tan impúdico como cómico.

Sus parejas daban saltos, bailaban, se agitaban, moviendo los brazos y levantándolos como si fueran muñones de alas sin plumas, y se adivinaba, bajo sus máscaras, su respiración acelerada.

Uno de ellos, que se había hecho un hueco en la más reputada de las cuadrillas para sustituir a una celebridad ausente, el apuesto *Songe-au-Gosse*, y que se esforzaba por seguir a la infatigable *Arête-de-Veau*, ejecutaba unos pasos tan extravagantes que provocaban las risas y la burla del público.

Era delgado, ataviado como un lechuguino, con una bonita máscara barnizada sobre el rostro, una máscara con un bigote rubio rizado y coronada por una peluca también con rizos.

Tenía el aspecto de una figura de cera del Museo Grévin, de una extraña y original caricatura de joven encantador como el que aparecía en los figurines de moda, y bailaba con gran empeño pero con torpeza, con una vehemencia algo ridícula. Parecía oxidado al lado de los demás, tratando de imitar sus cabriolas; parecía baldado, torpe como un perro callejero jugando con galgos. Algunos bravos burlones lo animaban. Y él, ebrio de entusiasmo, pataleaba con tal frenesí que, de repente, llevado por un gesto violento, fue a estrellarse contra el muro formado por el público, que se abrió ante él para dejarlo pasar, y luego se cerró en torno al cuerpo inerte, boca abajo, del bailarín desmayado. Algunos hombres lo ayudaron, lo levantaron. «¡Un médico!», gritaban. Apareció un caballero, joven, muy elegante, con un frac negro y gruesos gemelos de perlas en su camisa de baile. «Soy profesor en la facultad», dijo modestamente. Se le dejó pasar y, en una pequeña habitación llena de cajas de cartón, como el despacho de un representante de comercio, se encontró al bailarín, al que habían acostado en unas sillas, todavía sin conocimiento. El doctor empezó por

retirarle la máscara, pero vio que estaba sujeta de una manera complicada con una multitud de pequeños hilos metálicos, que la unían firmemente a su peluca y encerraban toda la cabeza en una malla apretada, cuyo secreto había que conocer para poder retirarla. Incluso el cuello estaba preso en una falsa piel que prolongaba el mentón, y esta piel de guante, pintada como si fuera carne, llegaba hasta el cuello de la camisa.

Hubo que cortar todo aquello con unas tijeras; y cuando el médico consiguió por fin hacer un corte en aquel sorprendente ensamblaje, desde el hombro a la sien, y entreabrió aquella coraza, se encontró con el envejecido rostro de un hombre pálido, flaco, consumido y arrugado. La sorpresa fue tal entre los que habían ayudado a aquella joven máscara de pelo rizado, que nadie se rió, nadie dijo una palabra.

Todo el mundo miraba aquel triste rostro con los ojos cerrados, recostado en una silla de paja, salpicado de pelos blancos, unos largos, que le caían desde la frente hasta la cara, otros cortos, sobre las mejillas y el mentón, y, junto a aquella pobre cabeza, aquella pequeña, bonita máscara barnizada, aquella máscara joven que seguía sonriendo.

El hombre volvió en sí después de haber estado sin conocimiento durante un buen rato, pero

parecía todavía tan débil, tan enfermo, que el médico temía alguna complicación peligrosa.

—¿Dónde vive usted? —le preguntó.

El viejo bailarín parecía estar tratando de recordar. Finalmente recordó y dijo el nombre de una calle que nadie conocía. Así que hubo que pedirle detalles sobre el barrio. Él respondía con una tristeza infinita, con una desgana y una indecisión que delataban la confusión de su mente.

El médico dijo entonces:

—Voy a acompañarle yo.

De pronto, había sentido curiosidad por saber quién era aquel extraño bufón, por ver dónde vivía aquel fenómeno saltarín.

Y un simón les llevó a los dos al otro extremo de las colinas de Montmartre.

Era una casa alta de aspecto pobre, a la que se subía por una escalera pegajosa, una de esas casas que permanecen siempre inacabadas, llenas de ventanas, levantadas entre dos terrenos baldíos, refugios mugrientos donde vive una muchedumbre de seres harapientos y miserables.

El doctor, agarrado a la barandilla, un tronco retorcido de madera en el que la mano se quedaba pegada, sostuvo hasta el cuarto piso a aquel viejo aturdido que recuperaba poco a poco sus fuerzas.

La puerta a la que llamaron se abrió y apareció una mujer, vieja también, aseada, con un

gorro de dormir blanco enmarcando una cabeza enjuta, de rasgos duros, una de esas cabezas inteligentes, buenas y rudas, que tienen las mujeres de los obreros, trabajadoras y fieles. Al verlos exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado?

Cuando se la puso al corriente con cuatro palabras, se tranquilizó, y tranquilizó también al médico, contándole que, con demasiada frecuencia ya, le sucedía algo parecido.

—Hay que acostarlo, señor, nada más. Dormirá, y mañana estará como nuevo.

El doctor contestó:

—Pero si apenas puede hablar.

—¡Oh! No es nada, es la bebida tan sólo. No cenó para encontrarse más ligero, y luego se bebió dos vasos de absenta para ponerse eufórico. La absenta, ya ve usted, le fortalece las piernas, pero le debilita la mente y lo deja sin palabras. A su edad ya no se puede bailar como él hace. La verdad, señor, es que es desesperante que no quiera entrar en razón.

El médico, sorprendido, insistió:

—Pero ¿por qué baila de ese modo, viejo como es?

La mujer se encogió de hombros, y se puso colorada de la rabia que se iba apoderando de ella poco a poco.